

Marañón, Ortega, Pérez de Ayala y Azaña

CICLO SOBRE «LIBERALES ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS»

■ Han intervenido los profesores Lain, Garagorri, Amorós y Latorre

Marañón, Ortega, Pérez de Ayala y Azaña fueron tema de un ciclo de conferencias sobre «Liberales españoles contemporáneos» que desarrollaron, del 25 de noviembre al 4 de diciembre pasados, en la sede de la Fundación Juan March, los profesores Pedro Lain Entralgo, Paulino Garagorri, Andrés Amorós y Angel Latorre. Con este ciclo la Fundación quiso conmemorar los centenarios del nacimiento de Azaña y de Pérez de Ayala, y los 20 y 25 aniversarios de la muerte de Marañón y Ortega, que se cumplían en 1980.

Antecedente de este ciclo fueron los cursos celebrados por la Fundación en ese mismo año sobre la influencia cultural de la Institución Libre de Enseñanza en la España contemporánea, a cargo de Elías Díaz y Francisco Laporta; y el que impartió Juan Marichal sobre el papel de los intelectuales en la política española entre 1909 y 1939, de los cuales se ofreció un resumen en este Boletín. «Se trata ahora —señalaba en la presentación el director gerente de la Fundación Juan March, José Luis Yuste— de ofrecer un análisis más individualizado de cuatro miembros de aquella generación liberal que ayudó a remover los cimientos de la cultura española entre 1914 y 1936; una generación de hombres nobles, paladines de una cultura con significación internacional, que recibieron una España desmoralizada y sin pulso tras el desastre del 98 y la dotaron de consistencia ideológica e impulsos éticos; y cuyo liberalismo fue no sólo un talante sino una opción, una meta y un camino».

Sobre «Libertad y verdad en Gregorio Marañón» trató la primera conferencia del ciclo, a cargo del académico y catedrático jubilado de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense Pedro Lain Entralgo; a la que siguió la intervención de Paulino Garagorri, profesor de Filosofía de la Universidad Complutense, sobre «En torno a La rebelión de las masas, de Ortega y Gasset, en su cincuentenario»; el Profesor Agregado de Literatura Española de la Universidad Complutense Andrés Amorós se ocupó de «Ramón Pérez de Ayala y la generación liberal de 1914»; y cerró el ciclo Angel Latorre, catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Alcalá de Henares, con una charla sobre «El pensamiento de Manuel Azaña para un español de postguerra».

Ofrecemos a continuación un resumen del ciclo.

LAIN: «LIBERTAD Y VERDAD EN MARAÑÓN»

Marañón tuvo varias vidas complementarias: fue médico, historiador, moralista, hombre social y español hondo. ¿Cuál fue la clave íntima que confirió la unidad radical a esas vidas complementarias? A lo largo de ellas



fue edificándose la poderosa, serena y armónica personalidad de Gregorio Marañón y cobró existencia su espléndida obra. Esto es: su ingente producción científica y literaria, su diaria labor de médico en el hospital y en el consultorio privado; su intervención en la vida pública de España; su actividad en las diversas Academias a que perteneció; sus centenares de conferencias de todo tipo; su bien cuidada vida social; su inmensa laboriosidad, compatible con una aficionada degustación del ocio bajo forma de viaje, lectura, coloquio o yantar en amistad.

Pero, aparte de esta visión primordialmente estética de Marañón, ¿cómo sintió y vivió su vocación y su inquietud de hombre? Trataré de dar una respuesta al cómo fue hombre Marañón estudiando la fórmula personal de sus contradicciones vitales. Porque, ante todo, Marañón aceptó resuelta y lúcidamente ser hombre —tuvo vocación de hombre— y lo fue en su tiempo y en su circunstancia.

Once pares de contradicciones vitales me atrevo a señalar en su vida y obra: la contradicción vital entre la timidez y la expresividad; entre la generosidad de sí mismo y la atención permanente a la obra propia; entre la blandura ante la petición ajena y la rebeldía contra la presión del compromiso externo; inclinación al modo clásico de ser y de saber y una no menos notoria y declarada inclinación al modo romántico de hacer y estimar la vida; entre la estimación de la fe y una complacencia entrañable en la duda, la pesquisa y la conjetura; entre la afición a la soledad y a la convivencia; alta estimación de la razón y un secreto entusiasmo por la sinrazón y el ensueño; gusto por el viaje y encomio de la quietud; vituperio de la prisa y su estimación positiva; deseo vehemente del bienestar general y temor a las posibles consecuencias niveladoras y achatadoras de éste; y medular arraigo en el patriotismo y esclarecida vocación de cosmopolitismo.

¿Cuál puede ser la clave que permita comprender unitariamente esa larga y dispar serie de contrarios? La *ambivalencia*, en cuanto nervio psicológico del liberalismo, como actitud animica, no como doctrina política. Esa peculiar vocación de hombre de Marañón, su noble modo personal de decir «sí» a la condición humana constituyen la clave para comprender en profundidad la fórmula de sus propias contradicciones vitales. Marañón vivió la ambivalencia no como «angustia», sino como «ansiedad»: tal sería el sentimiento dominante en el liberal que, frente a un mundo encrespado por disensiones internas, siente que dos o más tendencias opuestas entrechocan en su corazón y en su mente. ¿Por qué ansiedad y no angustia? Indudablemente porque Marañón era un hombre esperanzado. Fue un hombre de esperanza y no de utopía. Esperaba, por una parte, que el curso de la Historia iría resolviendo cada vez mejor, aun cuando nunca plenamente, algunas de las contradicciones que determinaban su

perpleja ansiedad de liberal peregrino. A costa del dolor del liberal —nos ha dicho— avanza el mundo.

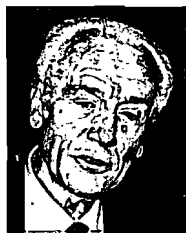
En Marañón, la perplejidad, vestida de ansiedad en ciertos trances personales e históricos, se resolvía en esperanza. Antes que médico, historiador y español, en cuanto simple hombre, Marañón fue una persona con vocación de *comprehensor*, en la plenitud de las acepciones terrenales y supraterranas de este vocablo teológico. Su generosidad intelectual le llevaba a querer y esperar, en definitiva, a creer que todos los hombres de buen entendimiento van resolviendo con el tiempo sus discrepancias y acabarán entendiéndose.

He aquí la personal «vocación de hombre» del hombre Gregorio Marañón. Ese noble modo personal de decir «sí» a la condición humana era, respecto de su individual manera de ser hombre, lo verdaderamente decisivo. Ahora podemos entender esas contradicciones. Marañón amó al mundo con «ternura de pasajero»; amó con pasión e inquietud su propio tiempo y, por lo tanto, el agri-dulce presente sucesivo. Su tiempo interior fue una conjunción de un hoy, un mañana y un todavía.

GARAGORRI: «ORTEGA TUVO UN CIERTO DON PROFETICO»

La obra de Ortega ha conservado, en los veinticinco años transcurridos desde su muerte, una vigencia no interrumpida. *La rebelión de las masas*, que ha cumplido recientemente el cincuentenario de su aparición, ve aumentar continuamente sus reediciones; que son consumidas por las nuevas generaciones. Y ello porque Ortega habla de lo que hoy nos importa y es una prueba de que tuvo un cierto don profético y, a la vez, que la situación en buena parte no ha cambiado en lo fundamental.

En los cinco decenios transcurridos desde que Ortega escribió su libro, la población del planeta ha pasado de dos mil a cuatro mil millones de habitantes y los pronósticos demográficos señalan que en los cuarenta años venideros se habrá vuelto a duplicar.



La vida del hombre-masa se caracteriza por un sentimiento de seguridad y abundancia, explica Ortega. Lo grave es la consecuencia: el creer que ese mundo tan perfecto lo ha producido la Naturaleza.

El Estado es hoy, a juicio de Ortega, el mayor peligro para la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por éste, son sincrónicos con la rebelión de las masas. ¿Quién manda en el mundo?, titula Ortega la segunda parte del libro. Es obvio que entre 1930 y 1980 la mutua interdependencia entre los pueblos es más intensa que nunca y configura una situación extrema y distinta. Europa ya no manda en el mundo. Ortega preveía ya una falta de mando, una generalizada *desmoralización*. Está desmoralizado un individuo o un pueblo cuando no proyecta ni construye; a lo más resiste. Frente al futuro, sólo se defiende. ¿No es ésta la situación del mundo y de la gente en nuestros días? ¿Existe una efectiva opinión pública entre los españoles, hoy? Esta es, creo, la cuestión capital en nuestra vida pública actual: el promover y favorecer la formación de una opinión pública. Con respecto a la idea de Ortega de superación del concepto tradicional de Estado y su sustitución por la de un más amplio Estado transnacional, a fin de que Europa volviera a tener un proyecto para mandar, cabe decir que la frustración de esta hipótesis de Ortega es bien conocida. La segunda gran guerra ha sido una atroz discordia y guerra civil intraeuropea que arrasó aquellas ilusiones. Cierto que un proceso de unificación se halla en curso, pero no obedece a un proyecto sino a una necesidad.

La obra de pensamiento de Ortega consiste, a mi juicio, en el análisis de un agotamiento histórico y en la postulación de un renacimiento, en ver el argumento del tránsito en la insuficiencia del racionalismo y en la búsqueda de una nueva posibilidad de conocimiento que integre, pero supere ese racionalismo. El racionalismo al que el hombre europeo llegó desde la ideología del cristianismo ha agotado sus virtualidades, pues se contradice en sus resultados. El horizonte del hombre contemporáneo parece cerrado. Creo que la originalidad de Ortega reside en el desarrollo de esa primaria intuición de reconocer y formular el primado de lo concreto sobre lo abstracto.

Frente a esa fuga de la realidad, la «reforma del conocimiento» que la

crítica de Ortega postula, procura «quitar al conocimiento el carácter de realidad absoluta a que absolutamente está el hombre adscrito, y convertirla en pura magnitud histórica». Así la razón histórica cumple la función del conocimiento. En el momento actual el progreso de la ciencia testimonia su parcial triunfo técnico pero, a la vez, su insolvencia en las cuestiones humanas. Las grandes abstracciones descarnadas con que la abstracción racionalista ha pretendido ordenar, dirigir la vida humana, la igualdad de los hombres, el sometimiento a la norma pura del Derecho, el ideal de la Justicia, como supremos imperativos, ¿actúan como recursos eficientes? O por el contrario, ¿no es el chantaje elevado a principio lo que reina en las relaciones, tanto entre naciones como entre individuos?

Reconozcamos que si nuestra cultura no hace al hombre más feliz, como Freud nos decía, es que algo *profundo* anda mal. ¿Cuál es la fórmula que, para nuestro tiempo, Ortega nos propone, que nos sirva como punto de partida para reformar los grandes principios? En sus conferencias sobre Goethe, con ocasión del bicentenario del poeta en 1949, se adelantó una respuesta: los pueblos europeos han ensayado ya toda la baraja de ilusiones. Ahora se trata de ensayar una vida sin falsas ilusiones, de sentir delicia al contemplar las cosas en su desnuda realidad, de ajustar nuestras ideas a ésta. Así, la propia sociología de Ortega parte de que la sociedad es una cosa *desalmada*, de que el mundo es una jungla. A partir de este reconocimiento se podrá llegar a tener quizá la oportunidad de mitigar tal situación y reducir tales tendencias, *alimentando intensamente las opuestas*. Las dificultades pueden y aun suelen ser la mejor escuela para el hombre.

AMOROS: «PEREZ DE AYALA Y LA GENERACION DEL 14»

Ramón Pérez de Ayala pertenece al grupo de liberales españoles que se ha denominado Generación del 14 y que han ocupado un puesto relevante, tanto en la historia del pensamiento liberal contemporáneo como en la historia de la literatura española. Ca-



bría preguntarse si Pérez de Ayala pertenece a la Generación del 98, dado que tuvo una cierta comunidad personal con ella: fue gran amigo de Azorín y de Valle-Inclán, coincidió con sus miembros en tertulias, actos culturales, colaboró con ellos en algunas revistas... En cualquier caso, aunque cronológicamente coincide con el 98, literariamente no. Pérez de Ayala se encuadra en la línea que enlaza con Cadalso, Clarín, Valera, la Institución Libre de Enseñanza y el regeneracionismo del 98.

La generación liberal del 14, los «novecentistas», se consideran hijos del 98 por ese mismo afán de crítica y de mejorar a España, pero presentan unos matices nuevos con respecto al 98: un talante más sereno y sistemático, un europeísmo más acusado (hay que estar realmente en Europa); la defensa de un cierto intervencionismo cultural a través de la organización y promoción de actos culturales, publicaciones, todo ello encaminado a educar la sensibilidad española, tanto estética como ética y cívica; aspiración a superar el localismo del terruño, buscando valores universales, etc.

Hay una serie de fechas comunes que ilustran un momento crucial y aglutinador de esta generación liberal: en 1910 Ortega obtiene la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid; desde 1906 D'Ors publica el *Glosari*, y en 1911, *La ben plantada*; y en 1913 se doctora en Madrid. De 1912 data la publicación de las *Meditaciones del Quijote*; y en 1916 aparece *El espectador y la crítica*. Es decir, de 1910 a 1914 tienen todos ellos alrededor de treinta años, han alcanzado, pues, esa primera madurez intelectual y publican por entonces libros importantes.

Pérez de Ayala suscribirá, junto a los principales intelectuales del momento, el manifiesto de la Liga de Educación Política Española. En 1914 la guerra produce un gran impacto en aquellos intelectuales que se ven forzados a tomar conciencia política. Al año siguiente aparece *El señor de las batallas*, antología de escritos del Kaiser Guillermo II. Pérez de Ayala lo traduce, hace la selección de textos y en el prólogo vuelca su antigermanismo, con un ataque al militarismo teutónico. Está pensando en España. Pérez de Ayala cree que lo fundamental en la actitud inteligente —la liberal— es aceptar la pluralidad de la realidad; que el pecado contra la Naturaleza es pretender violentarla, querer que las cosas sean como

uno quiere que sean. He aquí la base del liberalismo intelectual español.

A partir de este momento, 1915, se va a producir un cambio también en la evolución literaria de Pérez de Ayala, que se sitúa a medio camino entre la primera etapa (donde cabe englobar sus novelas *Tinieblas en las cumbres*, *Troteras y danzaderas*, *AMDG* y *La pata de la rapsoda*) y la etapa de madurez. En este período de transición Pérez de Ayala publica en 1916 una novela corta, *Luz de domingo*, con una intención social y política concreta: la denuncia del caciquismo, una denuncia terrible, y de una calidad literaria indudable. En esta España dividida —nos está diciendo el autor— hay que tomar partido (él lo tomaría contra la dictadura de Primo de Rivera).

En varios aspectos puede cifrarse la relación de Pérez de Ayala con los otros tres escritores de esta generación liberal del 14 —Marañón, Ortega, Azaña—: el tema del donjuanismo de Marañón lo trata Pérez de Ayala en *Las máscaras*, y con una interpretación muy coincidente, además de mantener con el ensayista y médico español un amplio y amistosísimo epistolario durante la guerra. Con Azaña se da un claro paralelismo entre *AMDG* y *El jardín de los frailes*. Azaña escribió con gran admiración de Pérez de Ayala, ambos tuvieron relaciones políticas, cuando Pérez de Ayala fue Embajador en Londres durante su gobierno. En cuanto a Ortega, Pérez de Ayala colaboró con él en «El Imparcial», «El Sol» y en numerosas revistas. El final de *El curandero de su honra* es orteguiano en sus ideas sobre el perspectivismo, aunque no exento de ironía acerca del lenguaje pedante que solía utilizar Ortega.

Tres actitudes políticas básicas distinguen Pérez de Ayala en *Troteras y danzaderas*: la conservadora que cree al hombre malo, la arribista, que lo cree tonto, y la liberal (la suya) que lo cree bueno. Por otra parte, el *perspectivismo*, tanto como técnica literaria (punto de vista de los personajes) como actitud liberal por lo que supone de rechazo de todo dogmatismo, es otra característica del liberalismo de Pérez de Ayala. Tolerancia para el mayor número posible de puntos de vista; un humorismo cordial, humanísimo, comprensivo y lírico de raíz asturiana, en la línea del de Clarín; el optimismo —especialmente en la segunda etapa— con relación a la posibilidad de liberarse

de las «telarañas mentales de la educación tradicional» (*Los trabajos de Urbano y Simona*), son los aspectos más definidores del liberalismo de nuestro autor, que se cifra, en definitiva, en la «razón vital» (recordemos a Ortega), en el convencimiento de que cada uno tiene su propia razón de ser. Y ello va unido, por muy paradójico que pueda parecer, a un clasicismo: el hombre ha de aceptar la inviolable voluntad de la Naturaleza. Es decir, clasicismo en literatura y liberalismo en política, que no es para Pérez de Ayala estar adscrito al Partido Liberal, sino un evangelio vital, que lo engloba todo, y conduce a aceptar la vida como es, con todas sus contradicciones.

LATORRE: «AZAÑA PARA UN ESPAÑOL DE POSTGUERRA»

¿Por qué sigue interesando tanto la figura de Manuel Azaña a personas que no han vivido la guerra civil, alejadas de la República? Es un hecho que Azaña está de moda y que se le hacen continuos homenajes. Hay un aspecto de la labor de Azaña que quizá no ha sido suficientemente comentado ni ha suscitado el interés que merece y es el pensamiento reflejado en su obra escrita antes de 1931, fecha en la que se convierte en protagonista de la política española.

Con los escritores de su generación tiene Azaña en común el problema de España, que en él adopta un carácter propio: su profundo patriotismo. Azaña aceptó enteramente el pasado de España, la historia española, sobre todo, la de los siglos XVI y XVII, la España imperial, en la que vio cómo el arco humano estuvo en su máxima tensión. Pero no por ello se le oculta la otra cara del Imperio, la fiebre del oro. Con una visión crítica, Azaña no reniega de su pasado (como hizo Ganivet en su desvalorización de la España imperial), sino que lo ensalza y acepta con sus grandezas y miserias; señalando la diferencia entre lo genuinamente español y la obstrucción política que, en su opinión, supuso la monarquía católica de la España imperial.

También prestó especial atención a la España del siglo XIX, y muy especialmente a Juan Valera. El interés

por el pasado histórico lleva a Azaña a plantearse el problema del patriotismo. ¿Qué es ser patriota para un hombre de izquierdas?

Azaña afirmará en uno de sus discursos que él no es patriota en el sentido que daba la derecha, sentido de intransigencia y cerrazón mental. El patriotismo de Azaña que, en mi opinión, es muy afín al del dirigente socialista francés Jean Jaurès, es un patriotismo progresivo, consistente en que hay que conocer el pasado, aceptar sus virtudes y defectos, pero conscientes de que un país debe contribuir al progreso general de la humanidad, de la civilización.

Si se acepta el pasado es en base a corregir errores, mediante el uso de la razón correctora. Como expresa una frase célebre reveladora del programa intelectual de Azaña en su futuro político: «Un pueblo en marcha..., una herencia histórica corregida por la razón». Hacia 1925, tal como cuenta en sus Memorias, vivía el momento más profundo de su desesperación. Si al producirse el golpe de Primo de Rivera, se hizo monárquico, ahora se va a proclamar abiertamente republicano y a rechazar la monarquía liberal constitucional; y no sólo la España monárquica sino la España católica, el catolicismo como forma de vivir y de pensar. «España ha dejado de ser católica», afirma en un discurso de Cortes, el 13 de octubre de 1931. Para incorporar a España al movimiento progresivo de la civilización, había que acabar con el confesionalismo. De nuevo corregir la historia con la razón, superar los viejos valores caducos.

Azaña fue un demócrata. Desde su juventud combatió la teoría de Costa sobre el cirujano de hierro y la revolución desde arriba. Creyó siempre que el intelectual tiene la misión de orientar y educar, pero nada más, y rechazó toda idea puramente empírica de la política. Y con respecto al tema de las autonomías, las defendía con entusiasmo, ya que, aunque en el fondo tenía simpatías jacobinas, comprendió que la realidad española no permitía ya el centralismo francés. Cuando se enfrentó abiertamente con la acción política, no antes, admitió y defendió las autonomías como medio de resolver un problema de conciencia nacional.

Si muchos de los problemas que planteaba Azaña están hoy superados, no lo está esa fe en la racionalidad y el humanismo que él propugnó como única fórmula para organizar la vida colectiva.

